

# LAS PALMAS



La ciudad de Las Palmas, fundada en 1478, cuenta medio milenio de existencia. El 24 de junio de ese año, el conquistador Juan Rejón, enviado por los Reyes Católicos para someter a la isla de Gran Canaria, emplazó su campamento de conquista en un montículo situado en las márgenes del Guiniguada, cubierto de un denso palmeral. Allí se hicieron fuertes los seiscientos hombres de la expedición, que pronto emprendieron las acciones encaminadas a someter a la población aborígen de la isla. El Real de Las Palmas fue el centro desde el que se dirigió la conquista y fue también escenario de intrigas y enfrentamientos entre los propios conquistadores. El gobernador Pedro de Algaba, enemistado con Rejón fue decapitado en la plaza del incipiente caserío que albergaba a jefes, clérigos y soldados. Más tarde, el propio Rejón perecería en San Sebastián de la Gomera, atacado por los hombres de Hernán Peraza.

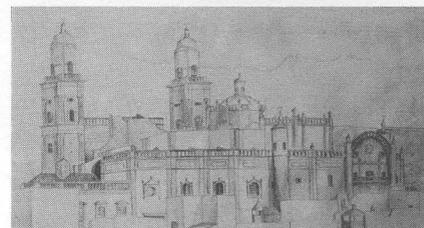
La conquista de Gran Canaria fue finalizada bajo el mando del capitán general Pedro de Vera, de triste recuerdo por sus engaños y arbitrariedades con los aborígenes grancanarios, después de una larga lucha en la que éstos se defendieron bravamente, siguiendo una táctica de guerrillas. Inmediatamente se constituyó el primer Cabildo, integrado por doce regidores, y Vera repartió terrenos en las superficies cercanas al Real, en los cuales comenzaron a levantarse las casas de los conquista-

dores y de los primeros colonos.

Las Palmas fue la primera ciudad real fundada por Castilla en las Islas Canarias y la primera ciudad que fundaron los españoles en el Atlántico, en la etapa histórica inmediatamente anterior a los comienzos de su expansión mundial. En su primer viaje transoceánico, Cristóbal Colón hizo escala en las islas de Gran Canaria y Gomera, desde donde partió para la gran epopeya del Descubrimiento. En otros dos de sus tres viajes posteriores al Nuevo Mundo, el Descubridor pasó también por Las Palmas, que era por entonces el único enclave oficial de la Corona de Castilla en este Archipiélago y lugar de residencia de las autoridades.

La primitiva urbanización de Las Palmas, centrada en la Plaza de San Antón, se desarrolló con un carácter espontáneo a través de estrechas callejuelas y pequeñas plazoletas como la de los Alamos y la plaza vieja. Aquí se levantaron en el siglo XV el Hospital de San Martín —un edificio de dos plantas y cubiertas de tejas— y la primera catedral de Santa Ana —conocida más tarde como la “iglesia vieja”— un modesto templo de techumbre de madera, que fue derruido a finales del siglo XVIII y que estuvo situado en el solar que ocupa la fachada posterior de la actual catedral.

Simultáneamente, al otro lado del Guiniguada va creciendo en forma más ordenada el barrio de Triana, en donde el Cabildo parcela y cede solares a los



## DE GRAN

nuevos vecinos y planifica la urbanización y la altura de las edificaciones. En esta parte de la ciudad se hallaba desde los primeros tiempos de la conquista el convento de San Francisco, una amplia construcción con dos claustros, iglesia y holgadas huertas, regadas por una de las dos acequias que aflúan a la villa. En ellas vio por primera vez el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo los platanales que, según el mismo cronista, fueron llevados en 1516 desde Las Palmas a la Española, de donde pasaron a las otras Antillas y al continente para constituir un cultivo fundamental en la América tropical.

El trazado de este sector tuvo un planteamiento de cuadrícula, prelujiando el que a gran escala desarrollarían poco después, en gran escala, las ciudades americanas. Los confines de la calle Triana se confundían con el comienzo del camino a las Isletas, que llevaba hasta el gran puerto natural de su nombre, que, junto a la caleta de San Telmo y al puerto del Arrecife, en las Canteras, fue y es el insustituible acceso marítimo a la ciudad.

Desde los primeros tiempos la bahía estaba defendida por la fortaleza de la Luz, cercana a la cual se hallaba la ermita que le dio nombre y un bodegón dispuesto para atender a viajeros y tripulantes que recalaban por el puerto. En la atalaya de la Isleta, un vigía oteaba permanentemente el horizonte y

MEDIO MILENIO DE SU FUNDACION



de Africa o que se traían de Guinea y Goré y se vendían en pública almoneda. Los señores, los clérigos y hasta los humildes artesanos eran propietarios de esclavos, aunque el principal yugo que éstos llevaron fue el duro trabajo en los ingenios de la caña de azúcar. Y era también la ciudad oscurantista del permanente tañer de las campañas, de los conventos y del Santo Oficio de la Inquisición, que cumplía sus torturas en las cárceles situadas primero en la calle Armas y más tarde en la de Doctor Chil y hacía públicas ejecuciones las plazas de Santa Ana y en la plaza llamada por ello del Quemadero, en el límite sur de la ciudad. El marco social de la pequeña población de Las Palmas —de dos mil a tres mil habitantes— reflejaba los de esa época de transición de finales de la Edad Media y comienzos de la Moderna, agudizados por las características peculiares de una lejana villa colonial.

Las obras de la Catedral se iniciaron coincidiendo con el comienzo del siglo

XVI. El templo empezó a levantarse por la fachada, en la que destacaban dos torres ochavadas de sillería. La catedral se hizo dentro de un estilo gótico tardío, en el que resaltan los hermosos pilares con arandelas, los cuales se prolongan en forma de palmera hasta dibujar un ancaje de crucerías en el interior de las elevadas bóvedas. Concebido como un gran salón de tres naves de igual altura, por lo menos cinco maestros dirigieron las obras sucesivamente entre 1500 y 1570.

Frente a la catedral se alzaban ya desde principios del siglo XVI las Casas del Cabildo, que tuvieron nuevo e importante edificio a partir, aproximadamente, de 1540, por iniciativa del gobernador Agustín de Zurbarán: una edificación de factura gótico-renacentista, que, además, albergó a la Audiencia, la cárcel y otras dependencias administrativas.

Las Casas Obispaes también tuvieron construcción de nueva planta hacia

# CANARIA Y SU HISTORIA

anunciaba a la ciudad con señales de humo cualquier presencia naval amenazadora.

En los albores del siglo XVI el centro de la pequeña villa se desplazó a la plaza de Santa Ana, en cuyo naciente se pusieron los cimientos de un nuevo y ambicioso templo catedralicio. A su poniente se levantaron las Casas del Cabildo de la isla y allí se emplazaron también las Casas Obispaes, en espaciosos terrenos cuyas huertas cerraban la plaza por su actual entrada de la calle obispo Codina.

Esta plaza y las edificaciones que la flanqueaban constituía una muestra del fuerte impulso que se quiso proporcionar a la ciudad en sus principios. El hecho de que Las Palmas fuera la primera fundación urbana de Castilla en las Islas Canarias explica cabalmente que en esta ciudad se establecieron los organismos político-administrativos y religiosos, como la Audiencia, el Obispado y Catedral, la Inquisición y la sede del Capitán general. Casi todos tuvieron ubicación en esta Plaza Mayor de Santa Ana.

Era la ciudad de los conquistadores y beneficiarios de la conquista, de los prebendados y de los altos funcionarios, de los comerciantes genoveses, de los propietarios de ingenios, de los artesanos de variados oficios, de los malteses, moriscos y judíos. La ciudad de los esclavos que se capturaban en la costa



## LAS PALMAS DE GRAN CANARIA Y SU HISTORIA

el año 1580, aunque se verían destruidas antes de pasar veinte años.

Y en el centro de la plaza de instaló, igualmente en tiempos de Zurbarán, un pilar que servía al abastecimiento de agua de los vecinos. Este fue, sin duda, el más destacado edil en la historia antigua de Las Palmas y a su despierta iniciativa se debieron, además, el adecentamiento de la Plaza de los Alamos, gradas de los Remedios y nuevas carnicería y pescadería.

Un carácter decididamente oficial, un cierto tono de centro cívico y un aire levítico tuvo históricamente esta plaza mayor de Santa Ana, la cual fue escenario en 1842 del pavoroso incendio que destruyó las Casas Consistoriales del siglo XVI, y con ellas todos los archivos que encerraban la historia de la isla y de ciudad. En su solar se levantó a mitad del siglo pasado el edificio que hoy sigue ocupando al Ayuntamiento de la capital.

La primera edificación de Las Palmas se hizo de casas de una o de dos plantas. Sus formas se correspondían con la de las villas españolas de la época aunque dada la presencia de italianos, portugueses, flamencos y gentes de diversos orígenes, ciertos detalles arquitectónicos reflejarían formas y estilos de otras procedencias. Viviendas de sencilla construcción alternaban con palacetes de conquistadores, terratenientes y altos funcionarios, como los Santa Gadea y los Lezcano—Mújica.

Un estilo gótico aparece en la construcción antigua de la ciudad, previviendo largamente a través de un detalle generalizado en puertas y ventanas: el arco conopial. Hoy podemos contemplar portadas góticas tan hermosas como las existentes en la Calle Colón y en la antigua calle de los Balcones.

Se fue desarrollando después un estilo más propio, conocido como estilo colonial canario, el cual se integra dentro de las invariantes de la arquitectura hispanoamericana.

Las calles, históricas de Las Palmas eran, con pocas modificaciones, las mismas que hoy podemos recorrer en los viejos barrios de Vegueta y Triana, observación perceptible en el más antiguo plano que conocemos de la ciudad: el que el cremonés Leonardo Torriani confeccionó hacia 1590. En el siglo XVI, Las Palmas alcanzaba por el sur hasta el convento de San Pedro Mártir y la ermita de San Marcos, y por el norte, hasta la plaza de San Bernardo. Más allá del casco urbano se encontraban el hospital de San Lázaro —del siglo XV y con nuevo edificio levantado en las cercanías de Triana durante el XVI—, y varias ermitas: San Roque, San Telmo, Espíritu Santo, San Sebastián, Santa



### La Plaza de Santa Ana, centro cívico de la ciudad colonial

Catalina y Nuestra Señora de la Luz. Alguna fue trasladada al interior de la ciudad después del saqueo de los holandeses, como la del Espíritu Santo, que en el siglo XVII dio nombre a la calle y plazoleta en donde se halla situada.

De las antiguas ermitas, la más destacable es la de San Telmo, cuyo origen se remonta al de la antiquísima cofradía de Mareantes de esa denominación, símbolo de la secular tradición pesquera y naval de Las Palmas.

Por aquellos tiempos había en la ciudad una docena de iglesias y ermitas, entre ellas la de los Remedios —levantada a fines del siglo XV en la margen izquierda del Guiniguada— y la de la Vera Cruz, recuerdo de las rogativas que se hacían en la tercera década del XVI ante la epidemia de modorra que por entonces asolaba a Las Palmas.

De los antiguos conventos de franciscanos y dominicos sólo han sobrevivido sus respectivas iglesias. La primera, con su bella portada del siglo XVII. La segunda, con el retablo plateresco de su altar mayor y el churrigueresco de la capilla del Rosario. Del claustro de piedra del desaparecido convento dominico se conserva una interesante reliquia: varios pilares y arcos insertados en uno de los patios de la Casa de Colón.

En las postrimerías del siglo XVI se les había sumado el convento de Bernardas de la Concepción. Los tres fueron destruidos en el siglo siguiente. El convento de Monjas de San Bernardo, al norte de la urbe, constituyó, después de reedificado, un amplio conjunto que —más tarde se diría— “era una ciudad, dentro de la ciudad”.

El asedio y saqueo de la armada holandesa mandada por el general Van der Does significó un cataclismo para la ciudad. En el siglo XV y durante los dos primeros tercios del XVI, Las Pal-

mas sólo estaba lejanamente defendida por la fortaleza de la Luz o de las Isletas. A partir de 1570, ante los riesgos que entrañaban las confrontaciones de España con Francia, Inglaterra y los Países Bajos, Felipe II se interesó por las fortificaciones del Archipiélago. En ese año dispuso el envío a las colonias americanas de mil esclavos africanos para, con su venta, obtener fondos que financiaran los proyectos de murallas y fortificación de Las Palmas. La ciudad fue amurallada por sus flancos norte y sur. La muralla de Triana discurría en la línea de la actual calle Bravo Murillo hasta el mar, en donde la cerraba el castillete de Santa Ana. Estas fortificaciones no arredraron a las armadas extranjeras, como la combinada de Drake y Hawkins —que en 1595 intentó tomar la ciudad aunque ni siquiera consiguió desembarcar en los arenales— y, cuatro años más tarde, la gran armada de las provincias unidas de Holanda y Zelanda, que —en expedición de castigo a las colonias españolas de ultramar— se presentó ante Las Palmas el 26 de junio de 1599, con 74 navíos de combate y unos diez mil hombres. Los neerlandeses asediaron la ciudad, la tomaron después de sangrientos combates y permanecieron en ella durante seis días. Antes de abandonarla se dieron al saqueo e incendio de edificios religiosos y particulares. Inmediatamente, los isleños, que habían contenido en el Monte Lentiscal a los atacantes, penetraron nuevamente en la ciudad para salvar cuanto pudiera salvarse. Alrededor de cuarenta edificios quedaron totalmente arruinados; además de los conventos y ermitas, el Palacio Episcopal y muchas casas, entre ellas la del poeta Bartolomé Cairasco de Figueroa, gloria de las letras insulares, que se había entrevistado en son de paz con el jefe holandés. El retablo y los tesoros artísticos de la Cate-

dral, muchos de los cuales procedían de Flandes, fueron destruidos por las llamas.

Los episodios de la lucha quedaron gráficamente descritos por Próspero Casola, otro ingeniero militar italiano enviado a las Islas. El mismo participó en los combates y luego siguió residiendo en la ciudad, en donde contrajo matrimonio y realizó algunas obras arquitectónicas, como el imponente de la antigua fachada catedralicia.

El siglo XVII se inició bajo el signo de la reconstrucción. A mitad de la centuria se fundaron nuevos conventos: el de religiosas de Santa Clara, en el solar que ocupara la casa de Cairasco, en el barrio de Triana, y los de San Agustín y recoletas de San Ildefonso, en el de Vegueta. Así, cada barrio tenía tres monasterios. El de San Ildefonso ocupaba toda la manzana de casas en donde hoy se encuentra el Museo Canario, importantísimo centro científico y cultural de la ciudad, instituido en el siglo XIX. El de San Agustín pervivió casi hasta nuestros días y en su lugar se edificó la Audiencia Territorial. Y el de Santa Clara, derruido en el siglo XIX ocupaba una amplia superficie, que posteriormente albergó al teatro y plaza de Cairasco y a la Alameda de Colón, que fue la plaza romántica de Las Palmas en el siglo XIX y parte del XX.

También en el siglo XVII comenzaron a poblarse los "riscos" cercanos a la ciudad, que con el tiempo pasaron a convertirse en los típicos barrios populares de Las Palmas. Allí, en humildísimas edificaciones, se asentaron las clases desposeídas y marginadas, que no disponían de terrenos junto al casco urbano— todos ya de propiedad privada— y que, al propio tiempo, precisaban de un lugar que estuviera al abrigo de invasores y piratas. La situación de las colinas cercanas a Vegueta y Triana les proporcionaba seguridad frente a estos riesgos.

Los "riscos" tomaron los nombres de las ermitas por ellos dispersas: San Roque, San Nicolás, San Juan, San José.

Ya a principios del siglo pasado la población de los "riscos" suponía alrededor de una tercera parte de la del total de la ciudad, dato de profunda significación social. Por entonces las casas cúbicas y escalonadas de estos barrios proporcionaban a la ciudad un carácter moresco y oriental.

A fines del XVII se estableció en la calle Doctor Chil el colegio de los jesuitas, el primero que tuvo la ciudad. Abrió sus aulas en una casa donada por el inquisidor Romero, junto a la que ocupaba el propio Tribunal de la Inquisición. Años más tarde la Compañía de Jesús levantó a su lado la iglesia de San Francisco de Borja, cuya portada es una destacable manifestación del barroco religioso en Las Palmas. Expulsados los jesuitas en tiempos de Carlos III, el edificio del colegio sirvió al primer seminario de Canarias.

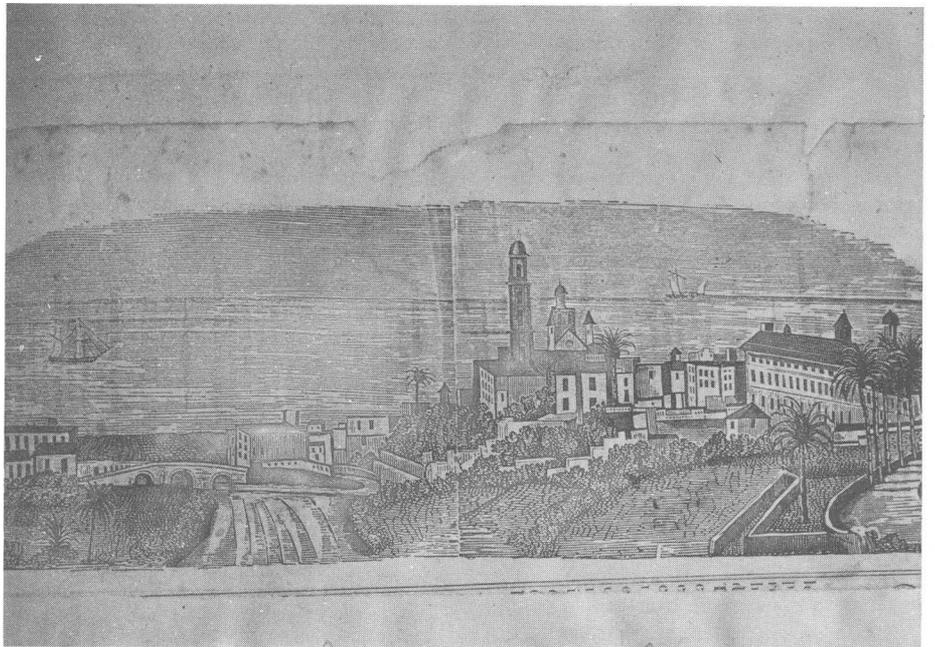
Una serie de reformas urbanas se realizan en la ciudad en el último tercio del siglo XVIII, coincidiendo con la etapa de renovación que vivió el país durante la Ilustración: empedrado de calles, construcción del nuevo Hospital de San Martín, abastecimiento de agua, proyecto de construcción del muelle de Las Palmas, etc.

Pero la gran empresa de la época, emprendida en los años ochenta, fue la conclusión de la catedral. Las obras se pusieron bajo la dirección del canónigo rector Diego Nicolás Eduardo, que acreditó sus sólidos conocimientos de arquitectura. Eduardo respetó el estilo gótico en el interior y, en cambio, siguió el estilo neoclásico en el exterior, consiguiendo una fachada posterior de bellas líneas, al igual que la cúpula del cimborrio. El interior de éste fue ornamentado con doce esculturas de evan-

ción entre los dos barrios históricos; se construyó el puente de Verdugo, ornamentado con las Cuatro Estaciones; se hizo el primer cementerio civil de la ciudad, se urbanizó la plazuela, y continuaron las obras de la actual fachada de la Catedral de Santa Ana, y se inició la construcción del primer muelle que tuvo Las Palmas: el desaparecido muelle de San Telmo.

A lo largo del siglo XIX la arquitectura neoclásica sustituyó a la construcción colonial. El nuevo estilo arquitectónico, introducido por Eduardo y por Luján Pérez, se había inaugurado en la ciudad con el exterior del templo catedralicio. Pronto fue adoptado por la edificación oficial, levantándose casas del género en los dos barrios antiguos.

En el orden urbano el neoclásico significó, como en otras ciudades una expresión y un símbolo de jerarquía social. Y, por supuesto, para los edifi-



Vista de Las Palmas a principios del siglo XIX.

gelistas y apóstoles, labradas por Luján Pérez.

Este escultor e imaginero isleño fue quien pasó a dirigir las obras, a la muerte de Eduardo, continuando sus directrices neoclásicas.

A fines del siglo XVIII la población de la ciudad apenas pasaba de diez mil habitantes. En el censo de Floridablanca (1787) aparece con 10.230, cifra que constituía alrededor de una quinta parte de la población de Gran Canaria, que mantenía una economía enteramente rural.

Comenzado el siglo XIX se prosiguieron las reformas iniciadas en la última fase del anterior: se abrió la entonces llamada calle Nueva (la actual obispo Codina) que facilitó la comuni-

cios públicos la monumentalidad y las líneas características del estilo encerraban la más apropiada forma de la arquitectura del poder. Conforme a la moda neoclásica se hicieron todos los edificios públicos de Las Palmas en siglo pasado, desde el nuevo Ayuntamiento hasta el Palacio Militar.

El siglo XIX conoce los conflictos regionales en torno a división provincial que enfrenta a las ciudades de Santa Cruz y Las Palmas. La raíz del problema partió de la creación de una Junta gubernativa durante la guerra española frente a la invasión napoleónica y posteriormente de la organización provincial del país y la creación de la provincia de Canarias, con capital en Santa Cruz. Las islas orientales deseaban formar una provincia propia con capital en Las Palmas. Y a lo largo de la centuria se llegó a crear en varias ocasiones la

## El Puerto de la Luz abrió el capítulo más importante de su historia moderna

provincia de Las Palmas, aunque sin conseguirse una solución definitiva hasta el siglo actual. De hecho Las Palmas presentaba en su aspiración a la capitalidad sobrados títulos históricos y el hecho de ser la villa con mayor población del Archipiélago. El tema de la división provincial dominó en buena parte la vida política y social de la ciudad durante un siglo. Fue un problema que hizo olvidar la exigencia de unos planteamientos regionales en la vida del Archipiélago.

En 1835 la población de Las Palmas se acercaba a los catorce mil habitantes. Un treinta por ciento de ellos vivían en los riscos de San Nicolás, San Juan, San José y San Roque.

Al finalizar la primera mitad del siglo caminaba hacia los veinte mil. Pero en esos años se produjeron terribles sucesos, que originaron un receso demográfico.

Ya en 1811 la ciudad había conocido la epidemia de fiebre amarilla que asoló otras islas. En 1847 el hambre y un nuevo brote epidémico produjeron varios centenares de víctimas. Pero la mayor tragedia se produjo en 1851, cuando la epidemia de cólera produjo miles de muertos en toda la isla de Gran Canaria. La muerte llegó en un barco procedente de la Habana. En el navío llegaron modestos enseres de emigrantes isleños que portaban los gérmenes de la enfermedad. A comienzos de junio se produjeron los primeros brotes en Telde y en el barrio de San José, de Las Palmas. Inmediatamente la epidemia se extendió por toda la ciudad y toda la isla. La terrible tragedia dominó a Gran Canaria durante dos meses. En Las Palmas las dantescas escenas de dolor se prolongaron durante el trágico verano, hasta comenzado el mes de agosto. La vida de la ciudad estuvo en permanente colapso y la única actividad que entonces podía percibirse en sus calles era el lúgubre circular de las carretas que transportaban los cuerpos apiñados de los numerosos muertos. Hubo días en los que se llegaron a contar ciento cuarenta víctimas sólo en esta ciudad.

El total de muertos ocasionados por el cólera en Gran Canaria fue de cerca de seis mil. De ellos más de dos mil eran habitantes de Las Palmas.

La epidemia constituyó un terrible golpe para la ciudad, que no alcanzó hasta los años ochenta la población que tenía a mitad del siglo. Pero Las Palmas comenzó pronto a superar los graves perjuicios de todo género que aquella produjo. Paradójicamente, la catástrofe fue uno de los motivos que pudieran esgrimirse ante el gobierno de Madrid

para obtener la concesión de los Puertos Francos para Canarias en 1852. Sin embargo, las franquicias portuarias, la libertad comercial, no pudieron tener repercusiones positivas hasta la construcción del Puerto de la Luz.

Por entonces Las Palmas comenzó a despertar de un letargo de siglos. En esta fase de la mitad del XIX surgían los primeros periódicos locales y se percibían aires de renovación. La ciudad se aprestaba a romper los seculares límites de sus viejas y ya inútiles murallas. En los años cuarenta se había levantado el Teatro Cairasco, se fundó el Gabinete Literario y se creó el Colegio de San Agustín, primer centro de segunda enseñanza que tuvo Las Palmas. Ahora se estaba en la edificación de las nuevas Casas Consistoriales en el lugar que ocuparan las antiguas, destruidas por un incendio intencionado en la noche del 29 de marzo de 1842. Se culminaba la torre meridional de la catedral y se proyectaba el edificio del Mercado, finalizado en los años sesenta.

Pero, sobre todo, se proyectaban obras que encerraban más amplios horizontes. Entre ellas, la carretera de comunicación con el Puerto de la Luz, que sería el eje de la ciudad de finales del siglo y de la primera mitad del actual. Se comenzaron a construir las primeras carreteras de comunicación con el interior de las islas, hasta entonces servida de intransitables caminos de herradura. Y se hicieron los primeros proyectos para la construcción de un muelle en la bahía de la Luz. En su futu-

ra expansión, la vieja ciudad miraba hacia el norte, hacia el Puerto.

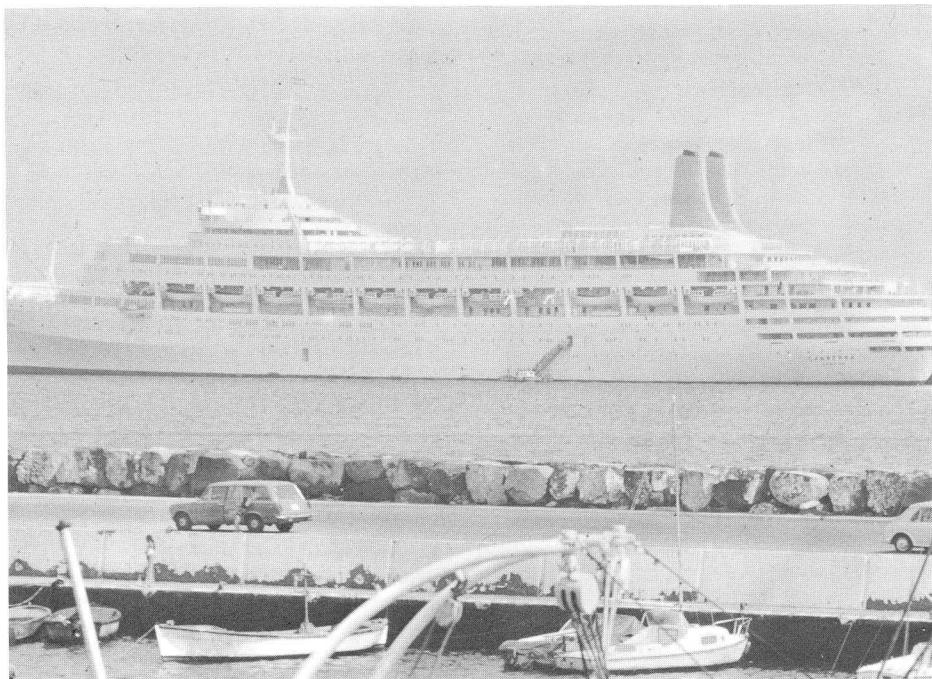
Antes de 1860 la ciudad rompió sus murallas y comenzó a extenderse hacia los Arenales. Más allá de la portada de Triana empezó a formarse el barrio de aquel nombre. Había problema de escasez de viviendas. Se necesitaba espacio para edificar nuevas viviendas y el Municipio cedió solares al norte de la villa para quienes quisieran construir allí. Este fue el comienzo de la primera expansión moderna de la ciudad entonces rodeada de las pintorescas tuneras que imponía el rico cultivo exportador de la cochinilla.

En 1883 la ciudad tenía 147 manzanas de casas todas encerradas en los viejos barrios y en el nuevo de Arenales, tal como describe el plano levantado por el entonces arquitecto municipal F. López Echagarreta. En ese mismo año se inició la construcción del Puerto de Refugio de la Luz, según el proyecto confeccionado por el ingeniero Juan de León y Castillo.

La construcción del Puerto de la Luz, el rápido y extraordinario incremento en el tráfico de buques, sus depósitos comerciales, sus estaciones de suministro, su movimiento mercantil, sus industrias portuarias, abrió el más importantes capítulo de la historia moderna de Las Palmas.

El Puerto fue motor del desarrollo económico de Gran Canaria y de su capital. Las exportaciones agrícolas, el comercio, la pesca, el turismo alcanzaron a partir de entonces un notable auge.

Al mismo tiempo, fue el factor determinante de la urbanización y el crecimiento del barrio del Puerto de la Luz. Allí se concentraron entonces las energías urbanizadoras de la capital. Y a partir del desenvolvimiento de ese nuevo núcleo urbano Las Palmas de Gran Canaria comenzó a desarrollarse



como una ciudad lineal, cuya urbanización fue llenando el espacio existente entre el sector antiguo y el nuevo porteño, cubriendo en línea recta la distancia existente entre ambos núcleos.

El Puerto de la Luz fue el foco de una rápida urbanización en el sector de este nombre: barrios de la Isleta, Santa Catalina, Alcaravaneras y, más tarde, Guanarteme.

El distrito portuario se desarrolló inmediatamente como una zona predominantemente mercantil y de negocios navieros. Su equipamiento se orientó por entero a las actividades que el Puerto demandaba. Desde el muelle de Santa Catalina hasta el comienzo del dique se estableció un cinturón de factorías portuarias en concesiones otorgadas en su mayor parte a compañías extranjeras. Los nombres de Grand Canary Coaling, Wilson, Miller, Elder, Cory, Woermann se hicieron familiares en el sector porteño.

Mientras que el Puerto afirmaba su equipamiento mercantil, el casco histórico levantaba los primeros monumentos recordatorios que tuvo la ciudad: el busto de Cairasco, el gran poeta de Las Palmas en el siglo XVI, y el de Colón, al cumplirse el cuarto centenario del descubrimiento de América y de la escala que el Almirante hizo en Canarias. En 1888 se inauguraba el Teatro Pérez Galdós, de los más importantes edificios que en esta época tuvo la ciudad, centro que inició una fructífera etapa en la historia de la música, el teatro y los espectáculos artísticos en esta capital. Víctima de un incendio, fue reconstruido en 1928 y decorado por el pintor Néstor.

Como enclave marítimo importante en las rutas atlánticas el Puerto de la Luz atrajo la presencia de numerosas compañías extranjeras interesadas en los negocios del suministro de carbón, reparación naval, consignación de buques, etc. Desde fines del siglo pasado se estableció en la ciudad una colonia mercantil predominantemente inglesa, que tuvo una marcada influencia en la vida local.

Su presencia estuvo relacionada con la introducción de la moderna tecnología en los sectores energéticos y de la comunicación. A finales de esa centuria se instala el cable telegráfico de comunicaciones con la Península y las otras islas; se establece la línea de correos interinsulares, empresa iniciada por Tomás Miller; se instala la primera central telefónica; comienza a circular el tranvía de vapor entre Las Palmas y el Puerto, empresa acometida por los hermanos Antúñez, y, en el último año del siglo, Las Palmas ve alumbradas sus calles con energía eléctrica, alimentada por la central que la Sociedad de Electricidad, de capital belga, había instalado en la Plaza de la Feria.

Los ingleses promovieron el primer turismo que afluyó a Las Palmas, un turismo que venía a invernar en la cálida y hospitalaria ciudad y que encon-



## El turismo, factor trascendental en la expansión contemporánea de la capital

traba alojamiento en los hoteles que por entonces se habían edificado: el viejo Hotel Santa Catalina, construido en 1890, el Metropole, y otros varios como el Continental, Inglaterra, Europa, Santa Brígida, etc.

Era la época del "english spoken", del lanzamiento exportador de los monocultivos del plátano y el tomate, de la primera manifestación importante del movimiento obrero local —la huelga de los trabajadores portuarios en 1910— y de la arquitectura modernista, que decoró con sus formas curvilíneas el barrio de Triana.

Era la ciudad controlada económicamente por los europeos, en donde ya se practicaban tres deportes que habían traído los ingleses: el fútbol, el tenis y el golf.

En medio de esta pujanza, Las Palmas crece y se desarrolla con rapidez. Se elaboran las primeras planificaciones, se proyecta —a principios de siglo— la avenida marítima, se proyecta una barriada turística y residencial en la actual Ciudad Alta y se conciben proyectos de ampliación del Puerto de la Luz, que en los años treinta tendrá un nuevo dique exterior de casi tres kilómetros de longitud.

Mientras, la arquitectura racionalista —la arquitectura moderna— se ha ido enseñoreando de un nuevo sector de Las Palmas: la Ciudad Jardín, proyectada por el arquitecto Miguel Martín Fernández. Su hermano Néstor proyectaría el Pueblo Canario, construido después de su muerte.

La ciudad había alcanzado los cien mil habitantes en las vísperas de la guerra civil española, que dejó sus huellas en Las Palmas como en el resto del Archipiélago.

En las postguerra, Las Palmas se

remontará a las mesetas del poniente: se comienza a urbanizar los barrios de Escaleritas y Schamann, protagonizados por la vivienda social. Es el principio de la Ciudad Alta, que añadirá una nueva urbe a la antigua ciudad situada siempre al nivel del mar.

Después, a finales de los años cincuenta, comenzó a desarrollarse la base de una nueva transformación: el turismo organizado de masas, cuya afluencia ha tenido un gran influjo en el desarrollo contemporáneo de la capital. La playa de las Canteras y sus alrededores se convierten en un gran complejo turístico: Las Palmas es una ciudad alegre, con una bulliciosa vida nocturna.

Simultáneamente, todo el conjunto urbano se va sembrando de rascacielos y grandes edificaciones; nuevas urbanizaciones extienden el perímetro urbano; el Puerto de la Luz sufre una nueva ampliación con la construcción de una gran dársena exterior y la vieja idea de una Avenida Marítima se ha plasmado en esta hermosa Autovía. La población de Las Palmas se acerca a los cuatrocientos mil habitantes.

Entre la vieja y colonial Plaza de Santa Ana y el multicolor Parque de Santa Catalina, en donde la ciudad se abraza con el mundo entero, se ha producido una transformación de cinco siglos. Esta última —la del Parque de Santa Catalina, los rascacielos y la vivienda social, el gran Puerto, el turismo, la motorización masiva y la dinámica y bulliciosa vida urbana— es la imagen de Las Palmas que nos ha tocado vivir y conocer a la presente generación, en el quinto centenario de la fundación de nuestra ciudad.

Alfredo Herrera Piqué

